

---

## ROBERT HEGNER (1880-1942): EL HOMBRE, EL PARASITÓLOGO Y EL NATURALISTA\*

---

ENRIQUE BELTRÁN\*\*

\* Publicado originalmente en: *Rev. Soc. Mex. Hist.*

*Nat.*, Vol. III. N<sup>os</sup> 1-4 183-192, 1942.

\*\* Instituto de Salubridad y Enfermedades Tropicales.  
México, D.F.

Hace tres años, el 16 de junio de 1939, la Sociedad Mexicana de Historia Natural se reunió, alborozada, para recibir en su seno al Dr. Robert Hegner, Profesor de Protozoología en la Escuela de Salubridad e Higiene de la Universidad de Johns Hopkins y, en ese verano, Investigador huésped del instituto de Salubridad y Enfermedades Tropicales de México.

Hoy, con profunda tristeza, se reúne nuevamente para rendir el postrer homenaje a su ilustre Socio Honorario, cuya desaparición, el 11 de marzo del presente año, deja un vacío difícil de llenar.

Nacido el 15 de febrero de 1880 en Decorah, Iowa, hizo allí sus primeros estudios. Asistió luego a la Universidad de Chicago, donde obtuvo en 1903 el grado de Bachiller y, al año siguiente, el de Maestro en Ciencias. Pasó después a la Universidad de Wisconsin, donde en 1908 recibió el grado de Doctor en Filosofía con su tesis que versó sobre "The origin and early history of the germ cells in some chrysomelid beetles."

Su carrera docente y de investigador se inició pronto. En 1905 ingresa como asistente de Zoología en la propia Universidad de Chicago; en 1907 sirve una cátedra de Biología en la Escuela Normal del Estado, en River Falls, Wis.; pasa luego a la Universidad de Wisconsin, también como Asistente de Zoología, y marcha luego a la de Michigan, donde ingresa como instructor en 1908, siendo promovido a Profesor Asistente en 1910, posición que desempeña hasta 1918.

Durante esta primera fase de su carrera, Hegner es, fundamentalmente un naturalista, un zoólogo general, ocupado en diversos problemas faunísticos, de clasificación y de citología, que se encuentran expuestos en numerosos artículos aparecidos en diversas revistas científicas. Como antes dije, su tesis doctoral versó sobre problemas de citología de las células germinales, que la profunda influencia del Profesor Wilson, de Columbia, había puesto de moda en las universidades americanas. Desde 1908, en que aparece su primer artículo en la materia, sigue investigando y publicando sobre tales cuestiones, culminando con la aparición, en 1914, de su libro "The Germ Cell Cycle in Animals", que discute ampliamente el problema indicado en su título, especialmente en lo que hace a los insectos, y tiene una copiosa bibliografía, utilísima para quienes deseen orientarse en tan atractivas investigaciones.

Ya antes, en 1910, había intentado la publicación de un libro de texto al que tituló "Introduction to the Zoology". El éxito obtenido fue de tal naturaleza, por la forma didáctica de sus exposiciones, que en 1912 publicó otro libro más ambicioso, dedicado a los cursos preparatorios de zoología, y el que por tal razón intituló "College Zoology", y dos años después, en 1914, su "Practical Zoology" en la que como el nombre lo indica, se ocupa principalmente de los aspectos aplicados de esta ciencia.

Aunque esos diversos textos son todos muy interesantes y valiosos, su "College Zoology" merece especial mención. Aparecida en 1912, gana rápidamente el favor de los profesores de zoología, y tiene tal demanda que el mismo año de su aparición necesita reimprimirse; apareciendo ediciones sucesivas en 1926, 1931, 1936 y 1942, esta última como obra póstuma. La paternidad de este libro, bastaría para dar realce a la figura de cualquier zoólogo, pues pocos se han escrito en que los principios generales de la zoología estén más correcta y comprensivamente expuestos. No sería aventurado pensar que el paso de Hegner como Profesor en la Escuela Normal de River Falls, imprimió orientaciones pedagógicas en su espíritu, pues sus libros se distinguen por las excelencias didácticas, que son precisamente las que los hacen tan buscados por maestros y alumnos.

En 1917 el Dr. Hegner, disfrutando de una beca (Johnston Scholarship) se trasladó a trabajar en el laboratorio del Profesor Jennings, de la Universidad de Johns Hopkins, donde emprendió varios estudios sobre las arcelas,

especialmente en lo que respecta al ciclo vital. Aunque poco había de trabajar después en ese asunto, las arcelas siguieron ejerciendo gran atractivo sobre el espíritu de Hegner, hasta el punto de que conversando alguna vez con él acerca de estos animales, exclamaba: "Bello e interesante animal es la *Arcella*. Cuando me jubile, posiblemente le dedique gran parte de mi tiempo". Esto me decía en 1939; desgraciadamente, la muerte inexorable, arrancándolo todavía en plena vitalidad, impidió que realizara muchos de sus propósitos, entre ellos, el volver quizá a trabajar nuevamente con esas arcelas, que un día lo ocuparon en el laboratorio de Jennings.

Su estancia en el Departamento de Zoología de la Universidad de Johns Hopkins, conectándolo con esa institución, fue la de mayor influencia en su vida, pues en 1918, al crearse la Escuela de Salubridad e Higiene de la misma Universidad, se le invitó para ocupar el puesto de Profesor Asociado de Zoología, encargándosele del Departamento de Zoología Médica, en 1922 fue promovido a la categoría de Profesor titular de Protozoología, que conservó hasta el día de su muerte.

La protozoología médica, una de las más recientes ramas de la zoología, puede decirse que en 1918 se encontraba en su cuna, ya que, como es bien sabido, fueron precisamente las oportunidades que se tuvieron durante la primera guerra mundial, las que permitieron, examinando grandes grupos humanos, tener una idea clara de muchos puntos relacionados con los protozoarios parásitos del hombre, poniendo de manifiesto, al mismo tiempo, la imprescindible necesidad y gran utilidad que esta clase de investigaciones tienen, en el campo de la medicina y de la higiene.

El espíritu activo y dinámico de Hegner, y su sólida preparación zoológica, no podían haber encontrado campo mejor, para desarrollar en plena capacidad sus actividades, que el que le brindaba la nueva institución con que se había conectado. Rodeado de hombres tan capaces como Rott en el campo de la Entomología y Cort en el de la Helminología, el Profesor Hegner convierte rápidamente el Departamento de Zoología Médica en uno de los más activos y estimulantes de la Escuela.

No sólo sabe trabajar intensamente, y estimular en el trabajo a quienes lo rodean, tiene además la rara y envidiable cualidad de saber encontrar colaboradores capaces. Así vemos formarse a su lado, y realizar una brillante tarea en su laboratorio a William H. Taliaferro, Lucy Graves Taliaferro, Justin M. Andrews, Elery R. Becker, Clay C. Huff, Fruma Wolfson, Lydia Eskridge, y tantos otros más como Redginal Hewitt, ese joven y brillante investigador que lo acompañó durante su estancia en México, y al que nuestra Sociedad se complace en tener como Socio Correspondiente.

Durante los cinco lustros pasados en la Universidad de Johns Hopkins, las actividades de Hegner fueron infatigables. Sin desatender su cátedra, viaja por Europa y visita los laboratorios de sus más eminentes colegas extranjeros, con todos los cuales mantiene cordiales relaciones; recorre Filipinas, Puerto Rico, Centro y Sud América en busca de materiales para sus investigaciones; visita como Profesor de Intercambio la Escuela de Higiene y Medicina Tropical de Londres y como Profesor Visitante la Escuela de Higiene y Salubridad y Enfermedades Tropicales de México, cuyo Laboratorio de Protozoología tuvo la suerte de iniciar sus labores bajo tan brillantes auspicios.

Después de su conexión con la Escuela de Salubridad e Higiene de Johns Hopkins, publicó todavía dos textos generales de zoología: su "Invertebrate Zoology", aparecida en 1933, y su ameno "Parade of the Animal Kingdom" que, con la colaboración de su esposa, y con magníficas ilustraciones fotográficas, muchas tomadas por el propio autor en sus múltiples viajes, apareció en 1935.

Fuera de esas dos excepciones, a partir de 1918, es la protozoología, especialmente en sus aspectos médicos, la que absorbe todas sus actividades, y en la que muy pronto adquiere renombre mundial.

Además de innumerables artículos aparecidos en diversas revistas americanas y extranjeras, publica, a partir de esa época, los siguientes libros: "The diagnosis of Protozoa and Worms parasitic in Man" 1921, en colaboración con Cort, y traducido al español y al italiano; "Outlines of Medical Zoology" 1923, en colaboración con Cort y Root y también traducido al castellano; "Human Protozoology" 1924, en colaboración con Taliaferro; "Host-Parasite Relations between Man and Intestinal Protozoa" 1927; "Animal Parasitology" 1929; con Root y Augustine, de la que una segunda edición apareció en 1938 con el nombre de "Parasitology"; "Problems and Methods of Research in Protozoology" 1930, escrito por más de dos docenas de autores, y editado con la colaboración de Andrews; y por último "Big Fleas have little Fleas" 1938. Si a lo anterior agregamos su actividad como editor de la colección "The Century Biological Series", publicada por la casa Appleton, y su activa participación en los comités editoriales de varias importantes revistas, comprendemos la gran influencia que tuvo en el campo de la literatura biológica.

Afecto a mantenerse en contacto con sus colegas, el Profesor Hegner perteneció a diversas sociedades

científicas americanas y extranjeras, en muchas de las cuales ocupó cargos directivos, como en la American Association for the advancement of Science, de cuya sección F (Zoología) fue presidente en 1931; la Society of Zoologist, de la que fue presidente en 1935 y la Society of Parasitologist, cuya presidencia ocupó en 1936. Fue también, a partir de 1939, Socio Honorario de la Sociedad Mexicana de Historia Natural.

Fue el Dr. Hegner tipo dinámico, cuya actividad estuvo siempre de manifiesto, y siempre orientada hacia un fin concreto, al que, por esa energía con que sabía aprovechar su claro talento, llegaba sin mayores tropiezos. Yo sólo tuve oportunidad de tratarlo, personalmente, en sus últimos años, aunque epistolarmente nuestro contacto trataba de tiempo atrás. A través de sus cartas, puede transparentar la figura de un verdadero maestro que, con la mayor generosidad posible, ponía cuanto sabía a la disposición de sus más modestos colegas que, como en mi caso, queríamos beneficiarnos de sus juicios siempre certeros y de sus bondadosos consejos. Platicando con naturalistas americanos que lo conocían bien e íntimamente los trataba, siempre escuché juicios elogiosos para su personalidad y sus trabajos. Oyendo a quienes habían concurrido a sus clases en Johns Hopkins, noté la influencia que en los mismos había tenido, como maestro brillante y dirigente estimulador de quienes lo rodean. Y cuando en el verano de 1939, tuve ocasión de trabajar a su lado, y de vivir íntimamente con él por casi medio año, me convencí de que su figura humana tenía perfiles todavía más destacados de lo que había imaginado.

En las largas horas pasadas juntos en el laboratorio, en los viajes divertidos o penosos por diversas regiones de México, sabía crear un ambiente de franca camaradería, en el que no trataba de imponer sus opiniones tan solo por el peso de su autoridad, sino demostrarlas por la justicia de sus argumentos. Cuando terminado el trabajo en común, se iniciaba la redacción de los resultados obtenidos, la discusión se desarrollaba franca y sincera, sin limitación alguna, y sin otro fin que el de esclarecer el asunto a debate. Y si se le hacía notar la discrepancia con alguno de sus puntos de vista, o se sugería la modificación de alguno de sus conclusiones, la objetividad era serenamente pesada, meditada, y aceptada gratamente si la juzgaba atinada, o rebatida victoriosamente con argumentos en donde los hechos demostrables, y no su particular opinión, eran los que acababan de imponerse.

Admirador incansable de las bellezas naturales y de las ruinas arqueológicas, su cámara fotográfica o cinematográfica trabajaba incesantemente captando, por lo común en colores, escenas de nuestros panoramas, tipos de nuestro pueblo o reliquias de nuestro majestuoso pasado. Películas que irían a enriquecer su amplia colección, en la que había querido conservar el recuerdo de los muchos lugares recorridos, y que en su hogar de Baltimore, junto a su esposa a la que tanto amó, gustaba de mostrar a sus visitantes, acompañando las películas con discos fonográficos en los que estaba grabada música popular de los países fotografiados. "La Adelita", "La Zandunga", "La Valentina", "Zacatecas" y muchas otras muestras de nuestra música vernácula, regresaron en sus maletas a los Estados Unidos, para acompañar los rollos de películas que aquí había impresionado.

Su cariño a las ruinas arqueológicas era tal que, cuando a nuestro regreso de Quintana Roo, y ya enfermo del padecimiento que habría de llevarlo a la tumba, tocamos la bella isla de Cozumel, no vaciló en realizar la penosa travesía del siempre agitado Mar Caribe, en incómoda embarcación, para ir a visitar las majestuosas ruinas de Tulum en la desierta costa peninsular. Ni había vacilado meses antes en volar expresamente a Papantla para visitar el Tajín y ver a los emocionantes "volatineros", que giran vertiginosamente y se elevan, como tubos imaginarios de una gran centrifuga humana.

Cuando no se ocupaba de algún asunto científico, su charla amena y agradable sabía salpicarse con el chiste oportuno, con la anécdota graciosa, con el cuentecillo ingenioso, que lo mismo le gustaba escuchar de los labios ajenos que usar su propia conversación. Y recuerdo estos detalles al parecer nimios e insignificantes, porque a través de ellos se reconoce al verdadero valor del hombre y se encuentra un motivo más para quererlo y estimarlo, cansados como estamos de los pseudosabios que, ayunos de méritos reales, no encuentran otro modo de crearse la personalidad de que carecen, que encerrándose en un círculo de una pedantesca autosuficiencia, y pretendiendo de quienes a ellos acuden sea sólo para rendirles homenaje a distancia, temerosos quizá que al acercarse demasiado descubran que el ropaje principesco con que pretendían estar cubiertos, es tan sólo oropel ajado y sin valor.

En su obra científica, el Profesor Hegner revela la coherencia de sus actos y de sus propósitos. Interesado en los comienzos de su carrera, por los problemas del ciclo en las células germinales de los animales, no se conforma con investigar aspectos aislados sino que sus trabajos fragmentarios los continúa hasta sintetizar, en un bien documentado libro, los conocimientos sobre la materia, brindando, en forma cómoda y autorizada la información necesaria a quienes de esas materias quieran enterarse.

Amante de la ciencia que cultiva, comprende bien pronto que los zoólogos del futuro sólo podrán reclutarse si los jóvenes, a su paso por la escuela, encuentran en sus cursos de zoología, estímulo y orientación. Sabe que para ello será necesario en primer término, la figura del maestro que los guíe, de quién dependerá el éxito o el fracaso;

pero comprende también que es gran auxilio para el maestro poner en sus manos el libro adecuado, de correcta información científica y que sea al mismo tiempo de atrayente lectura para el alumno. A tal fin, escribe sus diversos textos, a que en otro lugar hice referencia, y de los cuales uno "College Zoology", ha sobrepasado seguramente los propósitos más ambiciosos de su autor.

A partir de 1918, su contacto con Johns Hopkins cambia radicalmente la apariencia de su producción, aunque en realidad, y en esto estriba a mi juicio uno de sus grandes méritos, conserva siempre, en todos sus artículos y en cada uno de sus libros de temas parasitológicos, el mismo criterio, la misma orientación que le daba su sólida preparación zoológica.

En efecto, en la Escuela de Salubridad e Higiene en su cátedra de Protozoología, tiene por misión especial enseñar e investigar los problemas que con los protozoarios parásitos, y muy particularmente con los parásitos humanos se relacionan. Sus contribuciones a este respecto, la forma como enseñó a sus alumnos, la manera como orientó a sus colaboradores y asociados, las múltiples de que dejó constancia en sus artículos y libros, son tan aparentes que no ameritan el más pequeño comentario. Cuanta persona trabaja en asuntos de parasitología conoce demasiado su nombre y el valor de sus aportaciones al conocimiento de los protozoarios parásitos del hombre.

Pero Hegner, como zoólogo que era, sabía muy bien que el parásito no es un ser distinto ni desligado del animal de vida libre, y comprendía que el estudio del mismo sería mucho más provechoso si quien lo emprendía no consideraba estar recluso en una provincia aislada de la zoología, sino que enfrentaba sus problemas con la mente con que el naturalista debe enfocar cualquier investigación. En multitud de ocasiones, trató de manifestar la ventaja de que tales estudios se llevaran a cabo con la orientación mencionada. En su libro "Human Protozoology", escrito en colaboración con Taliaferro, a la vez que da una visión general y unificada de los protozoarios que parasitan en el hombre, no olvida ni por un momento las relaciones que éstos tienen con el resto de los demás protozoarios; en sus artículos "How the other half lives", "Parasitism among the Protozoa", "The biology of host-parasite relationships among protozoa living in man", y sobre todo en su trabajo "Homologies and analogies between free-living and parasitic protozoa", hay siempre la preocupación del naturalista que sabe que el parásito solamente podrá ser bien comprendido si se estudia en relación con los demás seres animales. Y es también el naturalista, conocedor de los problemas de la evolución, el que encuentra en el estudio de los protozoarios parásitos del hombre y de los monos, argumentos de gran interés filogenético, a los cuales se refiere en diversos trabajos, especialmente en su artículo "The evolutionary significance of the protozoan parasites of monkeys and man". Y no olvidemos que, cuando en 1939 tuvimos el honor de recibirlo en el seno de nuestra Sociedad, intituló el trabajo que leyó ante nosotros "La Historia Natural de los Protozoarios parásitos", en el cual decía, en algo que bien podríamos considerar como el resumen maduro de su opinión al respecto: "Para concluir, me atreveré a expresar mi opinión de que todo parasitólogo debe ser naturalista. Sólo cuando conocemos la historia natural de un organismo estamos en posibilidad de estudiar sus relaciones con las enfermedades. Es posible, sin duda, que por casualidad se obtengan en ocasiones resultados de valor práctico, pero la solución final de nuestros problemas parasitológicos dependen del conocimiento científico de las relaciones entre los organismos que producen las enfermedades y el medio que los rodea. Este conocimiento requiere trabajo de campo y experimentos de laboratorio. El estudio de los parásitos de los animales inferiores es una gran ayuda en el trabajo de laboratorio, y algunos de los más importantes resultados se han obtenido por este camino, como el proceso de fertilización en la malaria, la transmisión de los organismos maláricos por los mosquitos y el valor terapéutico de drogas como la plasmocina y la atebriina, todos los cuales fueron obtenidos como resultado del estudio de la malaria en los pájaros".

Su último libro "Big Fleas have Little Fleas", es, dentro de su aparente superficialidad, la cosecha madura de muchos años de trabajo. Para Hegner el cariño por los protozoarios era de tal naturaleza, que no le bastaba considerar a las decenas de protozoólogos que en todo el mundo dedican su vida entera al estudio de esos diminutos animales; quería que también el zoólogo general, el naturalista que cultivara cualquier otra rama de las ciencias naturales, y aún el profano de alguna cultura los conociera. Y como a una audiencia tan amplia y disímbola no es posible exigirle la literatura de un libro especializado, no vaciló en escribir su "Big Fleas have Little Fleas" en el que, en forma ligera y humorística, acompañándolos de dibujos por demás ingeniosos, pasa revista a los protozoarios parásitos y sus relaciones con la humanidad.

Este libro como acaba de escribir Cort en una nota necrológica, es "la vía deliciosamente humorística con la que abrió a los profanos la puerta de las maravillas de los protozoarios parásitos". Pero además, para mí, es el mensaje que el cerebro maduro de Hegner podía ofrecer, después de una larga y fructífera vida de investigaciones y de trabajos.

En efecto, dentro de la aparente superficialidad de la obra, no sólo se conforma con presentarnos científicamente una noción general acerca de los protozoarios, fundamentalmente los parásitos, sino que, además,

nos ofrece reflexiones profundas sobre diversos tópicos. Ya es el juicio biológico, ya la generalización zoológica, ya la cuestión de método, o bien, por último la impresión que se había formado sobre la sociedad, las naciones y los hombres a través de sus viajes y al correr de su vida. Libro multiforme y nutrido, ofrece a cada cual lo que cada quien quiera y pueda sacar de sus páginas. Si el lector es de aquellos que no saben ir más abajo de la epidermis, le brindará un agradable rato de distracción; si sabe entender la información que acerca de los protozoarios contiene, le habrá dado nuevos conocimientos; si conociendo ya a los protozoarios se adentra en su lectura, no sólo se deleitará con ella, sino que, seguramente, vendrá a su mente más de una reflexión provechosa, y quizá se planteen ante él nuevos problemas de investigación. Y para quienes gusten de juzgar de la personalidad de los hombres, ofrece una imagen de ese Robert Hegner, tal como lo conocimos quienes lo tratamos: inteligente y genial, viajero infatigable, bondadoso y perfecto caballero, que sabía que la ironía y el fino humorismo pueden ser en la vida broqueles invencibles contra el disgusto que a veces esa misma vida nos produce, con sus miserias y sus retorcimientos.

Con Robert Hegner, la Sociedad Mexicana de Historia Natural ha perdido uno de sus más brillantes miembros; la ciencia un infatigable y genial investigador, y la humanidad uno de esos hombres que, por sus cualidades, son tesis luminosa frente a la antítesis negra de la ignorancia, la crueldad y la barbarie que, hoy más que nunca, azotan a un mundo caótico y angustiado, que lucha por conservar en la vida social ese mínimo de condiciones capaces de permitir que, en el futuro, nuevos individuos tan insignes como el desaparecido puedan nacer y crecer libremente, estudiar sin trabas, investigar sin barreras y con elementos, vivir una vida sin odios y, cuando regresen al seno de la Naturaleza, dejar tras sí una obra profunda y perdurable.